

Nueva filosofía de la juventud

Por HIPÓLITO LEÓN JORDÁN.

La Historia, esa vieja fea antipática y mentirosa, que si como abstracción es respetable, en asignatura es tan munda y chismosa como una inquieta inquilina de cualquier patio de vecindad, no se limita como debiera a relatar los hechos ocurridos tal como sucedieron y sin comentario alguno, sino que dándoselas de aguda y moraloides, se mete en profundidades morales y psicológicas sobre las generaciones ha muchos siglos desaparecidas, y armadas del patrón de sus prejuicios no duda en aplicarlo como medida o término de comparación para justipreciar y así cualificar las causas de los sucesos relatados.

Es que la Historia—se nos dirá— para enjuiciar y calificar los hechos del pasado, siempre se basa en principios invariables en esas máximas éticas y filosóficas que pueden llamarse eternas.

Eternas. Nada hay eterno. Lo único eterno es el concepto, también abstracto, de Eternidad. Y Eternidad e Infinito, son dos palabras con las que el hombre concreta dos concepciones ilimitadas que le sugiere la fantasía. Pero principios, ideas, máximas morales, éticas y filosóficas, siempre serán producto de un estado social y de una época. Y aun aquellas contadas que perduran, con muy ligera variación a través de cien épocas distintas, no se lo deben a su sublime inmutabilidad casi perfecta, sino tan sólo a que el hombre, con muy ligeras variaciones, es hoy idéntico al de la edad cuaternaria.

Eternidad e Infinito son dos vocablos que deben comprender a la totalidad de mundos habitados por cualesquiera seres racionales o simplemente espirituales. Y dicho está, que si ignoramos, como probablemente siempre ignoraremos, la población total del Kosmos, nuestras máximas éticas eternas, tienen la eternidad de todas las cosas de la Tierra.

Pues bien: queremos decir que la Historia, basándose en sus prejuicios y apreciaciones capciosas, nos califica de decadentes a ciertas épocas del pasado. Y por eso, basándose en la degeneración del gusto—de las costumbres o de las ideas por comparación con los gustos, ideas y costumbres de una época determinada—nos pinta como degenerados a muchos pueblos de anteriores períodos, pero jamás hallamos en sus páginas la natural y

lógica justificación de tales pretendidas degeneraciones.

No imitaremos a la vieja lengua-raz y desdentada comentando en pasado que ignoramos, y atengámonos al momento en que vivimos.

Nos encontramos frente a una generación cuyas costumbres, gustos e ideas podemos apreciar exactamente porque a la vista los tenemos.

Materialismo y superficialidad, son sus características esenciales. La juventud de hoy tiene, en verdad, muy poco o nada de romántica. No lee ya versos ni le interesa la buena literatura. Es impermeable a todas las formas de la poesía. Es verdad que aún lee novelas, pero las lee, no con la unión de quien quiere, formal y serenamente, hallar la norma de un ideal o un tesoro de ilustración y cultura. El lector actual no busca en la lectura más objetivo que el de distraerse un poco, el de sacudir el tedio durante unos minutos, o unas horas, a falta de distracción más estimable. Nada le importa el autor, nada le importa el asunto. Más que para ilustrarse, pudiérase asegurar que lee para embrutecerse y que habiendo de antiguo renunciado a los placeres del alma, arrastra el alma por esta misera vida lo mismo que arrastran los bueyes una pesada carreta a la que se hallan unidos.

¿Irónica censura en estos juicios? De ninguna manera. La juventud presente no tiene nada de romántica ni de poética; ignoramos si ha ganado o perdido con el cambio, pero de lo que no nos cabe la menor duda es de que debe tener muchos motivos para ser así, cuando en estas cuestiones las masas juveniles se nos presentan con una unanimidad universal casi perfecta.

Hoy a los jóvenes les interesa la vida pura y simple. La vida propia y característica de un animal tan inferior como en realidad es todavía el hombre.

La juventud que no lee, que puede asegurarse que no ha leído tampoco en la adolescencia, que puede asimismo afirmarse que los estudios que ha recibido apenas van más allá de cuatro asignaturas objetivas e indispensables; que nada sabe de esos tratados enrevesados y cefalálgicos que se llaman Filosofía, Psicología, Lógica y Ética, tiene en verdad de la vida un concepto sencillo y natural hijo de un psicoanálisis autodidáctico no in-

fluenciado por las escuelas ni los prejuicios tradicionales.

Pongamos un ejemplo. Un joven del siglo XX sabe—porque para saberlo no se precisa ciencia alguna—que para ser feliz hace falta una cosa indispensable: total ausencia de preocupaciones.

Todas las téticas y cavilosas meditaciones acerca del dolor de la vida, del horror de la muerte, del terrible misterio del «más allá» de la tumba, todas las concepciones poético-metafísicas que tratan de bucear en el misterio del universo o del individuo, el amor más o menos platónico, las obligaciones que imponen el patriotismo, la ciudadanía y la paternidad, todo ese cúmulo, en fin, de obligaciones, unas naturales y otras artificiales, nadie puede negar que complican la vida extraordinariamente.

El joven del siglo XX crea, viéndola, toda una nueva filosofía que en nada se parece a ninguna de las clasificadas en las viejas escuelas llamadas clásicas. Ni siquiera a la epicúrea. El epicúreo busca el placer como ideal y objetivo sumo; parte del falso supuesto de que la vida se ha hecho para gozar, y tiene constantemente la preocupación de ajustar la vida al ideal que ha concebido de antemano; y como la vida no puede responder jamás con esa facilidad anhelada a nuestras ansias de placer, el epicúreo se complica la vida por dos razones: porque busca acucioso el placer y a veces no lo halla, y porque basta un vulgar arritmismo para tirar por tierra su filosofía.

El joven del siglo XX no se toma el dolor de buscar el placer. No cree—no es tan imbécil—que todos los placeres de la vida sean tan asequibles ni tan intensos que merezcan buscarse con fruición. Por el contrario, su táctica filosófica consiste en eliminar hasta el máximo el dolor, todos los dolores; los físicos y los espirituales. Con un relativo éxito en tan justa aspiración, ya se da por satisfecho.

Para no padecer dolores físicos, comienza por no procurarse torturas morales ni espirituales. Y como si bien se mira cuando un hombre ha tomado una pluma para escribir en prosa o en verso sus preocupaciones sentimentales o espirituales no hace en realidad sino contagiárselas, gratuita y abusivamente a los demás hombres, los jóvenes fieles a su consigna de vivir la existencia ingenuamente, descomplicada hasta el máximo, huyen de los filósofos y poetas como alma que lleva el diablo.

De lo expuesto se deduce que si la tiranía del filósofo y del poeta causa terror a los jóvenes, la tiranía del Estado no sólo horroriza: apesta. El Estado, insensible a la penuria del cesante y del parado forzoso, ¿con qué derecho exige contribuciones e impone obligaciones a los que no protege?

Y así como huye de la tiranía del filósofo, del poeta y del gobernante, huye también de la tiranía de la Naturaleza. No es cierto que un hijo traiga un pan debajo del brazo. Si lo trajera, bien venido fuese: vendría a sumar, y sumar se la operación aritmética irreprochable. Pero si viene a restar, huelga decir que no hace falta que venga. Y de ahí la resistencia de la juventud a casarse y constituir familia.

El amor, ¿qué es el amor? El amor universal y humanitario un ideal punto menos que inasequible. El amor a la mujer. ¿A la mujer? ¿Y qué es una mujer? No es un ángel divino de los poetas, sino un simple mortal como otro cualquiera.

A veces, la compañera del hombre. Otras veces, su tirana. Pero la mujer se diferencia del Estado, en que su tiranía no tiene otro fundamento que la esclavitud voluntaria del hombre. Y esa tiranía acaba con una sencilla frase: Compañera, tú y yo somos iguales; se te acabó el imperio y la hegemonía.

Una mujer, en suma, es un hombre con una forma corporal distinta y que se viste con faldas. Ni más ni menos.

Síntesis de todo esto, es la afición al deporte, sano y que no preocupa; al baile y al anarquismo. Al anarquismo, meta soñada que nos ofrece una humanidad desnuda y primitivista, despreocupada al máximo, animalizada no por culpa del alma sino del cuerpo que al fin y al cabo es quien manda; meta que no se alcanzará nunca, pero a la cual los jóvenes del siglo XX tienden individualmente con la más estimable y positivista de las decisiones.

¿Que hacen mal? ¿Que hacen bien?

Lo hacen y esto no cabe negarlo. (De la Agencia Internacional Arco.)

Se necesita chico para taberna, que sepa algo. Razón, plaza del Azoguejo, núm. 2, «El rincón de oro»

CASA MAYO

LIQUIDACION

DE ARTÍCULOS SOBREPASADOS DE TEMPORADA

5.000...

Mantas de lana a mitad de su precio

Millares... y millares...

de camisetas, pantalones, refajos, etc., etc., en punto inglés y afelpado, para caballero, señora y niños, a precios tan verdaderamente sensacionales como desde 0,25 céntimos prenda.

NO QUEREMOS...

guardar nada de un año para otro y lo

LIQUIDAMOS A MITAD DE SU VALOR CORRIENTE.

	Pesetas
Prendas de punto inglés, para niños.	0,25
3 pares calcetines hilo, para caballero.	0,95
Formidables sábanas de rosete.	1,95
Camisas de opal fino, en color, para señora.	1,60
3 paños para cocina, confeccionados.	0,80
Camisetas de punto inglés, para señora.	1,25
Almohadas superiores, con vainica.	0,85
Magníficas alfombras de terciopelo.	1,50
Camisetas afelpadas, en color, para niñas.	0,85
Mantas, todo lana, cámaras, de 14 pesetas, a.	6,95
Batas de pañete, para señora.	4,90
Mantelerías, en color, para seis cubiertos.	5,25
Mantas, lana fina, colores lisos, valían 56 pesetas.	29,90
Medias para señora, de hilo.	0,50
Media docena servilletas adamascadas.	2,45
Refajos, punto inglés, para niñas.	0,50
Jerseys, todo lana, para señora, valían 10 pesetas, a.	3,90
Mantas lana, matrimonio, valían 25 pesetas, a.	11,50
Refajos afelpados, para niñas.	1,25
Bufandas, todo lana, clase Pirineos.	0,45
Camisetas de punto inglés, para niños.	0,90
Mantas crudas de algodón.	0,75
Calcetines de hilo, para niños.	0,20
Camisetas de niña, punto inglés.	0,60
Medias seda torzal, para señora.	0,95
Vichys muy fuertes, para delantales.	0,55
Pañetes para batas, los de 1,40, a.	0,95
Toallas afelpadas, en color, grandísimas.	0,95
Camisetas para caballero, se vendían a 4,50, a.	2,25
Sábanas cámaras, tejido Llave.	3,50
Jerseys para caballero, valían 6 pesetas, a.	3,10
Mantas de viaje, ¡¡¡increíble!!	2,90
Bragas para niñas, punto inglés.	0,60
Colchas de piqué, fleco borlas.	5,90
Calzoncillos para caballero.	2,25
Panas estampadas, las de 3 pesetas.	1,60
400 ABRIGOS PARA SEÑORA, en gamuza de lana, cuello de piel, colores última novedad, valían 60 y 70 pesetas, a.	24,90

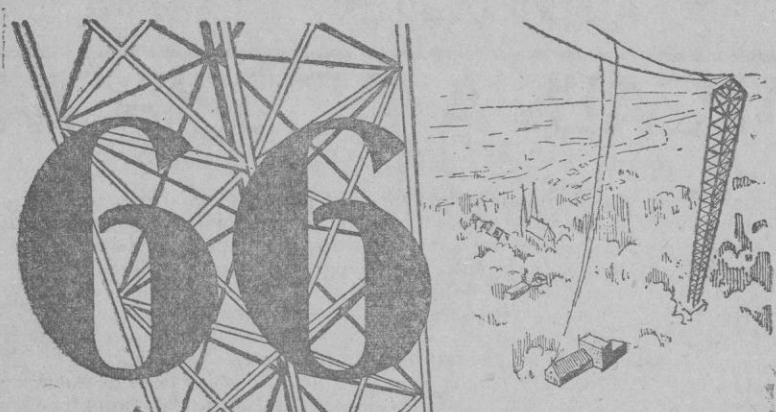
CASA MAYO

Isabel la Católica, núm. 12

SEGOVIA

(FRENTE A LA ZAPATERIA LA IMPERIAL)

El mejor regalo de Reyes



EMISORAS?

En las diferentes pruebas a que se ha sometido este receptor, se han logrado identificar 66 emisoras diferentes, tanto de onda corta como de onda larga. Jamás aparato alguno ha conseguido batir este record mundial, alcanzado por el Philips 830. Pídanos una demostración sin compromiso alguno por su parte.

PHILIPS
Super Inductancia
830

Distribuidor oficial:

AUTO INDUSTRIAS

Azoguejo, 9

Teléfono 200

ENTREGA INMEDIATA DE APARATOS

(A.T.C.)